

LA LIRA DE PAUSA*

Alejandro Sánchez-Aizcorbe

¿Qué puedo hacer en una tertulia sanmarquino-cervantina — que se inició en Brown University, por culpa de Julio Ortega — sino contar una historia?

Se remonta a principios del siglo diecisiete. A fines de la primera y segunda décadas de aquel siglo de horrores para los antiguos y gentiles dueños de buena parte de América del Sur — que todavía, en grande, como España en pequeño, no halla melecina que cure el fuego y la explosión de su ser, tantas veces absurdamente derrotado, aunque nunca sin generaciones continuas de pensamiento y belleza que baten al mundo. Tal es el fenómeno que nos reúne, hoy, aquí. Algo casi metafísico construido sobre los espectros de dos imperios: uno destruyó al otro, se cargó su plata y su oro, y los derrochó en armadas y artes invencibles. Ninguno de los dos imperios se recupera aún de su victoria y de su derrota. Tal vez lo mejor para ambos hubiera sido no verse las caras jamás.

* Este es un relato que leí por primera vez en Brown University, en 1993, a propósito de La Cervantiada, un certamen que organizó Julio Ortega, luego de editar una colección de ficciones sobre don Quijote — que ya va por la cuarta edición. Yo tuve la suerte de incluir un cuento mío en dicha colección, inédito en el Perú, que se titula vanamente «Spero Lucem post Tenebras». La luz después de las tinieblas me llegó, entre otras cosas, para ajustar las clavijas de lo que ahora entrego a los lectores, y que leí en San Marcos a fines del año pasado: de ahí el hermoso peruanismo *sanmarquino*.

Por aquel tiempo, en un pueblo de nombre Pausa, en los Andes occidentales, a dos mil quinientos metros sobre el Pacífico, en la zona yunga, encerrado en la zona quechua — que es más alta pero no la más alta —, había un encomendero, dueño de indios y tierra, factor bueno o malo del proceso de destrucción — que hoy continúa — de civilizaciones troncales de la humanidad — la metáfora es de Toynbee. Factor del proceso de anomia que sufrieron los naturales: pérdida de su Estado, de sus tierras que labraban, de su arte, de su mar, de su arte de amar, de su ingeniería hidráulica y de su sabia relación con natura, hombres y cosmos; pérdida de mujer, hijos, familia, de dioses mejores que los del Olimpo; pérdida del conocimiento de ellos mismos y de sus raíces. La adquisición de enfermedades desconocidas y espantosas, y la dieta de lazarillos, en una centuria, diezmaron una población estimada en diez millones a dos o tres. Esclavitud monda y lironda, salto cualitativo para atrás. En fin, lo que pierden los hombres conquistados a cruz, látigo y sangre.

Allá en Pausa, pues, un encomendero, cuando en España circulaba el primer volumen del *Ingenioso hidalgo*, se hallaba en la plaza de su pueblo, mientras en ella se hacía, por primera vez en América, dicen, un juego de aros y en seguida el desfile de los caballeros que habían participado en el juego, incluido el de la ardiente Antártida y don Quijote — estando el alma de su creador tan deseosa de venirse a Indias.

Esto del encomendero se sitúa en 1607: dos años después de la aparición de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* en Madrid — el segundo volumen apareció en 1615, como sabemos, pero ya no era hidalgo sino *cavallero*.

Los primeros ejemplares de la edición príncipe del primer volumen habían llegado a Lima en 1605, a pocos meses de su aparición en Madrid. Hay quienes afirman que una buena parte de la príncipe se distribuyó en Indias. Y bastaron dos años para que don Quijote participara en un juego de aros, en Pausa, un valle tropical clavado en los Andes. De allí que, por cierto celo perulero, se afirme que en 1607 se llevó a cabo la primera representación teatral de tradición quijotesca en el Perú. Cabría más bien la horrenda palabra *parateatral*, puesto que en el texto de aquel juego de aros y desfile de caballeros dominan las figuras alegóricas y don Quijote no dice ni una palabra.

Pero existe otra versión. Por el arribo de un nuevo virrey, cuyo nombre digo más abajo porque es muy largo, nuestro encomendero mandó poner en procesión entre Lela Marien, el apóstol Santiago y las máscaras profanas de sus indios, un hidalgo malmontado en un Rocinante chapetón, que guardaba semejanza unívoca con el héroe del tullido de Lepanto. Si a mí me preguntan, yo digo que mandó hacer las dos cosas. Pues de ser él y haber quizá leído el primer volumen, y de hecho luego visto el remedo de don Quijote en mi plaza, al año siguiente habría ordenado a uno de mi servicio

montar, disfrazado de Quijote, un caballo cerrero y moruno, y desfilar en la fiesta de carnaval de mi encomienda. Justicia cervantina respecto a Indias — tan clara como la de Quevedo — en uno de los exvotos de la injusticia — no por lo históricamente lejana, menos triste.

Según Palma, meses después de la aparición del primer volumen de *El Quijote*, asumió su cargo de virrey del Perú don Gaspar de Zúñiga Acevedo y Fonseca. A fines de diciembre de 1605 — semanas después de la Inmaculada Concepción —, llegó al Callao el galeón de Acapulco y recibió su excelencia un libro que un amigo le remitía de México con carta en que le recomendaba, como lectura entretenida, esa novela que se había publicado en Madrid. El virrey se encontraba enfermo. A visitar al doliente compatriota y amigo estuvo fray Diego de Ojeda, religioso de muchas campanillas en la recoleta dominica, autor de *La Cristiada*. El virrey le alcanzó el libro. Tras hojearlo, el padre Ojeda se lo pidió prestado. Pero el virrey, que no estaba para leer novelas, no se lo prestó. Se lo obsequió, y dos meses después falleció. Acabando de leerlo, fray Ojeda colocó el ejemplar en la biblioteca de su convento dominico.

Esa biblioteca, y el *Quijote*, en los primeros años de la Independencia, pasaron al convento de Santo Domingo. El primer volumen del *Quijote* figuraba en el inventario que revisó Dávila Condemarín, mi tío tatarabuelo, en aquel convento. Aseguraba Dávila que él había tenido varias veces en sus manos el libro del virrey y del padre Ojeda. Y dice Palma que él mismo, en 1862, preparando sus *Anales de la Inquisición en Lima*, fue al convento de Santo Domingo a pedir a sus amigos, los padres Cueto y Calzado, que le permitieran hurgar en ciertos documentos cuya existencia presumía. Ambos sacerdotes le informaron que el padre Seminario, prelado del convento, en un ataque furioso de demencia senil, había quemado los documentos que buscaba. Y quizá entre ellos el *Quijote* del virrey y de fray Ojeda, el que mi tío tatarabuelo tuvo entre manos — aunque Palma sostenga que dicho volumen desapareció de aquella biblioteca durante o después de la batalla de La Palma, en 1853.

En 1617 — dos años después de la aparición del segundo volumen de *El Quijote* —, a imitación de los festejos que en España se habían realizado en honor de la Inmaculada Concepción, el virrey Esquilache, los cabildos, las comunidades religiosas — en particular los jesuitas — y los caballeros de las cuatro órdenes que por aquel siglo existían en Lima — se pusieron de acuerdo para echar la casa por la ventana. Quince días de procesiones, calles encintadas, árboles de fuego, calles iluminadas por barriles de alquitrán, mojigangas, toros, sainetes, campanas y lucimiento de trajes y pedrerías de limeñas, convirtieron la celebración religiosa en dionisiada.

Por aquel entonces, había en Lima un enano llamado don Juan Manrique, que se decía descendiente de los siete infantes de Lara. Heredero de cierta fortuna, determinó gastar parte de ella en hacerse notar. Congregados

estaban el pueblo y las autoridades de Lima en la plaza mayor a las doce del día, cuando se presentó Manrique al trote sobre un overo, con caparazón morado y blanco, recamado de oro, estribos de plata y pretal de cascabeles. Vestía el chicuelo armadura de acero, gola, manoplas y un casco borgoñés con gran penacho de plumas, embrazaba adarga y lanzón, y ceñía alfanje de Toledo y puñal de misericordia con punta buida. Le cruzaba el pecho una banda blanca donde, en letras de oro, se leía *El caballero de la Virgen*. El pueblo lo recibió aplaudiendo. Llegado que fue el enano frente a Palacio, detuvo con garbo el caballo y dio el siguiente pregón:

— Aquí estoy yo, don Juan Manrique de Lara, el Caballero de la Virgen, que reto, llamo y emplazo a mortal batalla a todos los que negasen que la Virgen María fue concebida sin pecado original. Y así lo mantendré y haré confesar a golpe de espada, y a bote de lanza, y a mojicón cerrado, y a bofetada abierta, si necesario fuese, para lo cual aguardaré en este palenque, sin yantar ni beber, hasta que Febo esconda su rubia cabellera. El judío que sea osado, que venga, y me encontrará firme mantenedor de la empresa.

Al terminar su parlamento, el pequeñuelo engrandecido arrojó a la arena de la plaza un guantelete de hierro.

El pueblo vitoreó con entusiasmo. Al decir de la Inquisición, Lima era entonces un hervidero de portugueses judaizantes, y se barrunta que contra ellos se dirigía el reto del campeón de la Virgen. Pero, ni tontos que fueran, los portugueses no hicieron caso del reto. El descendiente de los de Lara aguardó hasta las seis y media de la tarde sin que nadie se atreviera a enfrentar su poderoso bracito. A esa hora, rendido y asado a la armadura por el sol de diciembre, con desasosiego y algo jorobado, recogió el guantelete de hierro y se fue a su solar, rumiando si había cometido un acto heroico o una estupidez.

Lo que ignoraba Dávila Condemarán, prosigue Palma, era que existió en Los Reyes (Lima) un ejemplar del primer tomo del *Quijote*, con dedicatoria de Cervantes a un Juan de Avendaño — los doctos sostienen que en aquel tiempo no se había inventado lo que hoy entendemos por dedicatoria. Juan de Avendaño, el dedicatario, residente en Lima, había sido amiguísimo de Cervantes en Salamanca, y enviaba cartas al tullido de la izquierda — para gloria de la diestra —, instándolo a hacer fortuna en Indias. Y andaba diciendo Avendaño que no se sorprendieran de que el autor del afamado libro se llegara uno de esos días a la capital del virreinato. Si Cervantes lo hubiera hecho, habría tenido noticia de que, en alturas insólitas para España, su personaje ya montaba Rocinante. Y si hubiera vivido en Lima un año más de lo que en realidad vivió, habría visto al chato émulo de su personaje arrojar el guantelete de fierro en la plaza mayor, y recogerlo.

Para terminar lo que no tiene fin, les ruego que no me crean mucho a mí ni a Ricardo Palma, porque ambos aderezamos nuestro alimento, como

Garcilaso de la Vega inca, o Guamán Poma indio. No sé si Dávila Condemarn practicaba también la costumbre de reconstruir la historia a su gusto.

Pero ya que Palma se atreve a decir que sabía algo que mi ancestro ignoraba, yo contesto que pongo en duda que Palma y Dávila Condemarn supieran que, dos años después que el virrey muriente obsequió el primer volumen a fray Diego de Ojeda, un vulgar encomendero disfrutaba como espectador privilegiado del juego de aros y del posterior desfile de los caballeros participantes, entre los cuales se hallaba, por primera vez en América, dicen, don Quijote de la Mancha, precedido o antecedido por el ardiente Caballero de la Antártida. Y que al año siguiente, en carnaval, el mismo encomendero hiciera desfilar solo a don Quijote, entre baile de máscaras profanas, con el apóstol Santiago y Lela Marien.

Y mi tío tatarabuelo no pudo haber sabido que yo tendrfa noticia de la primera pantomima con Quijote, y de un carnaval en Pausa con Quijote — que ya no sé si es sueño o verdad —, no por fuentes documentales sino por tradición de bocas, sustentada en un artículo recóndito del sin par José María Arguedas, y en la memoria de Jaime Guardia, músico ayacuchano, amigo de Arguedas.

Ayacucho significa hueco, agujero que comunica con el mundo de abajo, de los muertos vivientes. Durante estos últimos catorce años los peruanos se han estado matando en sus valles, punas y glaciares donde crece ichu y vuelan las huáchuas, pavos blancos de altura. Pero Ayacucho, en el caso de nuestro loco hidalgo, sirvió para darlo a luz en una quebrada tropical de los Andes, a poco de su nacimiento en España y en los siglos.

Y porque estoy con dolor de cintura, termino. José María Arguedas le tenía cariño a la Lira Pausina, un grupo de músicos ayacuchanos, pausinos. Y no les extrañe que en las canciones de estos músicos se hallen variantes de romances medievales que el tullido de Lepanto leía, tarareaba, imitaba.

Cercado de Lima-Isla de Margarita, abril de 1993 - abril de 1994.